

Mujeres madres empresarias: roles con una corresponsabilidad social y familiar

Sandra L. Sevilla Godínez*

La gran pregunta que nunca ha sido contestada y a la cual todavía no he podido responder, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es ¿qué quiere una mujer?

Sigmund Freud (1856-1939)

Resumen

Artículo que comprende una diferenciación de las pautas familiares y sobre todo señala el rol que ha desempeñado la mujer y como este se ha modificado en la sociedad del siglo XXI, trayendo consigo el desencajamiento de la familia, el incremento porcentual de divorcios y en cómo la mujer ha ganado terreno en el espacio laboral lo que obliga a ciertas adaptaciones sociales, económicas, culturales y de valores en la transmisión hacia los hijos, por lo que pretende otorgar pautas concretas necesarias a implementarse si queremos que la esencia de la familia no se pierda y trascienda en valores hacia las futuras generaciones.

Palabras clave: Mujeres, familia, roles, valores.

Introducción

¿Qué quiere una mujer? Esta pregunta seguramente ha sido expresada por miles de hombres en su afán de tratar de comprender el comportamiento de la mujer. Sin embargo aun hoy, en el siglo XXI, es una interrogante sin responder. Quizá la respuesta se ha vuelto más compleja dado los diversos roles que interpretan las mujeres en la sociedad actual.

* Maestra en desarrollo organizacional y humano. Profesor investigador del Departamento de Sociología. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

Mujeres, madres, empresarias, esposas, hijas, profesionistas, etcétera son algunos de los roles donde la mujer se ha incorporado en los diversos ámbitos sociales, desde líderes de opinión, gobernantes, maestras, ejecutivas de empresas, doctoras, incluso reinas de belleza. Funge y actúa en el mundo activo y acelerado que representa la globalización y la competencia por ganarse el respeto en el círculo en el que se desenvuelve, y que históricamente ha sido campo exclusivo del varón.

Combinar estos roles sin dejar de lado lo que por su propia condición le es legítimo y auténtico, ser el centro de la familia, no es una tarea sencilla en estos tiempos globalizados, de grandes cambios y adelgazamiento de valores; requiere un mayor esfuerzo y una priorización de actividades a efecto de llevarlos a cabo de la mejor manera, la pregunta es: ¿puede atender eficazmente todos los roles, postergará la atención en alguno?

La mujer a principios del siglo XX

A mediados de siglo XIX la condición de la mujer era única y exclusivamente estar en casa. Ahí su misión era procurar tener listos los alimentos y realizar los quehaceres de la casa (lavar en el río, almidonar la ropa, echar las tortillas, tejer) para atender adecuadamente al marido una vez que éste regresara de arar en el campo, ordenar las haciendas o realizar diversos trabajos. Además, la mujer debía estar pendiente de la educación de los niños, protegerlos de las inclemencias del tiempo y evidentemente compartir con ellos todas las hazañas y logros que fueran experimentando en su despertar hacia la vida. Si bien es cierto, estas eran labores encomiables, existía también la limitante de la expresión de sus derechos más genuinos, como el hecho de poder ser tomadas en cuenta en las decisiones familiares, dar a conocer sus expectativas e ideales femeninos, sentir el apoyo de su compañero en las tareas hogareñas, cotidianas, o lograr un vínculo más allá de sentir el yugo de la responsabilidad.

Liberación femenina

En Inglaterra, hará un siglo que surgió el llamado movimiento de la "liberación Femenina" el cual fue originado por un grupo de mujeres que cansadas de sentirse aisladas y no tomadas en cuenta, tuvieron la convicción y se atrevieron, en aquella

época, a alzar su voz, a protestar en contra de la discriminación de la mujer en cuanto al sufragio; exigían el voto femenino para elegir a los gobernantes. En 1920 este movimiento pasó a los Estados Unidos y las llamaron “sufragistas” (Herrasti, 1992). Otro elemento clave lo constituyó la incorporación de la mujer al trabajo durante la Primera Guerra Mundial para sustituir a los hombres que habían marchado al frente. La consciencia de su valor social alentó sus demandas del derecho de sufragio (Franco, 1983).

Este suceso dio un giro extraordinario en el sentido, no sólo de otorgar a la mujer el derecho al voto, sino también empezó a originar un hecho realmente revolucionario dadas las repercusiones e impacto que ha tenido en los ámbitos sociales, políticos, y familiares. Además generó un marcado cambio de percepción, pues la «carrera del matrimonio» registraba así un cierto retroceso para muchas mujeres, no sólo como proyecto de vida, sino también como opción económica (Franco, 1983). Es decir las mujeres ya no optaban por el matrimonio como la idea de salvación y manutención económica, ahora se sabían libres y capaces para hacer algo por ellas mismas.

Es probable que la generación de mujeres que existe en este mundo desde la década de 1970, experimente de manera tenue y progresiva estos cambios. Por ejemplo, vivir la ruptura de una etapa en donde las madres estaban con los hijos en sus hogares la mayor parte del tiempo atendiéndolos para dar paso a una etapa de modernidad o postmodernidad como lo llamaría Octavio Paz, en donde los niños ven más a las maestras de guarderías que a sus propios padres.

Interposición de dos roles: madre de familia y profesional

La actual generación del siglo XXI ha observado la forma cómo se diluye esa etapa donde las mujeres, madres, empresarias no están en disposición, o quizá se deba decir en posibilidad de brindar su amor de manera constante en los momentos que suelen ser necesarios para los hijos.

Un nuevo rol se está consolidando cada vez más, se trata de mujeres corriendo de un lado para otro para llegar en tiempo a la oficina, conseguir el aumento de sueldo, presentar el informe ejecutivo al mismo tiempo que se las ingenian tratando de que no desaparezca su yo maternal entre pañales, ayudar con las tareas de los pequeños y realizar las labores hogareñas. ¿Dónde quedó entonces

la tranquilidad y la convivencia? ¿dónde sacamos a estas mujeres superpoderosas con actividad las 24 horas del día? Necesariamente tendrán que evaluar y priorizar actividades, optando muchas veces por retrasar o postergar lo más importante para después.

En un intento de liberación o competencia se ha descuidado que la célula básica de la sociedad es la familia; y ahora las citas, la agenda y el blackberry han venido a ocupar el tiempo, delegando lo más importante, el cuidado de los hijos y futuro de la sociedad a las guarderías o a mamás suplentes como son las abuelas o hermanas.

El reto

El reto lo constituye el logro del equilibrio entre los roles que se juegan. En la actual crisis económica mundial, en pocas familias viven decorosamente con el sueldo del padre de familia, lo que condiciona a la mujer al nuevo rol de ser proveedora también del gasto familiar. Aunado a esto, la mujer debe contribuir para que todos tengan un mejor futuro, apoyar en la educación de los hijos y la salud mental de los mismos, sin descuidar las faenas domésticas. Esto en ocasiones implica un doble esfuerzo por mantener la armonía cuando profesionalmente la mujer es más exitosa o lleva más dinero a la casa que su marido.

Estos aspectos a cargo de la madre de familia se están perdiendo cada vez más. Quizá se ha olvidado que hombres y mujeres no son iguales. Cada género tiene sus cualidades diferenciadoras que ayudan a complementar al ser humano, la igualdad absoluta es una idea antinatural, inexistente. Esta diferencia es benéfica para la continuidad de la especie, las mujeres tienen habilidades, cualidades muy particulares que evidentemente los hombres no tienen y viceversa.

Con esto no se busca igualar ni mucho menos imitar a los hombres, es más bien el punto de diferenciar las habilidades en cada género, tan importantes unas como otras para el equilibrio natural, es más bien elevarlo a nivel de cierta queja generacional cuando muchas mujeres expresaban su sentir por las diferencias vividas como si ese eco resentido fuera transportado a las mujeres del siglo XXI en el afán de superación, algo que en la teoría de Carl Jung puede contemplarse como los arquetipos colectivos (que sin duda, serían tema de otro artículo) que a lo que señala, es importante destacar que los arquetipos no son contenidos, sino formas que, gracias a la experiencia individual repetida, son despertadas por los

eventos con el mundo externo, ordenando las representaciones que “aseguran en todo individuo la similitud, y aún la igualdad, de la experiencia y de la creación imaginativa” (Jung, 1991)

Cabe mencionar que, dadas las condiciones sociales, económicas y familiares de hoy, es necesario un aporte, una inyección económica adicional en el hogar. Por lo tanto, es preciso validar como legítima la expresión profesional de crecimiento y superación femenina, además de buscar soluciones alternas, expresiones de corresponsabilidad en el equilibrio de seguir educando a la familia dado el contexto y la desintegración de la misma, como entidad más básica y constituyente de la Sociedad. No se niega en ningún momento la idea y la libertad que la mujer tiene para superarse, sino es más bien la idea de considerar que quizá, en ese afán de apoyar y de superarse es donde se ha perdido lo más sagrado y relevante que es el amor a los hijos, la prevalencia de la sociedad matrimonial y de la unión familiar en un ambiente de armonía.

La familia como ente social

Si se contextualiza esta situación, se observa que es exponencialmente emergente y actual. La familia es la cuna en donde se adquieren los principios básicos y los valores morales; sin embargo existe una crisis de éstos, debido entre otras variables a que no se encuentra presente la madre de familia por su inserción en el mundo laboral. Además, existe un elevado índice de divorcios, muchas veces generado, por la incompatibilidad del nuevo rol desarrollado y la ausencia de diálogo con su compañero para enfrentar de manera paralela y compartida los roles hogareños, y establecer un compromiso en la distribución interna del gasto económico. Según una publicación de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en el mes de mayo de 2004, señalaba que aumenta el número de mujeres que trabajan e indicaba:

La cifra de mujeres que son cabeza de familia en México asciende a 4.1 millones y representan el soporte principal de ingreso en los hogares de aproximadamente 16 millones de personas.

Esto deja claro, como la inserción en el mercado laboral por parte de las mujeres se ha incrementado, lo que ha hecho que intercambien los roles, esto es:

INVESTIGACIÓN



Chin, subió el jitomate!

además de cuidar a sus hijos y al hogar, participan activamente en el mercado laboral aportando ingresos que coadyuvan al gasto familiar.

La mujer económicamente activa

En América Latina y el Caribe, más de 100 millones de mujeres participan en el mercado laboral (CEPAL, 2008). Esta inserción ha ido en incremento, de hecho como se puede observar en el cuadro 1, en el último trienio de 2007 a la fecha, el porcentaje de mujeres es hoy en día superior a los hombres que laboran.

Cuadro 1. Tasa de ocupación en el sector informal nacional, trimestral (Porcentaje de la población ocupada)

Periodo	Total	Hombres	Mujeres
2007			
I	26.87	26.55	27.42
II	27.13	26.75	27.77
III	26.87	26.39	27.65
IV	27.28	26.53	28.52
2008			
I	27.44	27.12	27.97
II	27.5	26.85	28.57
III	27.13	26.71	27.83
IV	26.99	26.39	27.99
2009			
I	28.21	27.7	29.06
II	28.12	27.49	29.18
III	28.17	27.4	29.43
IV	28.32	27.25	30.07
2010			
I	28.58	28	29.53
II	28.78	27.98	30.09

Nota: Las cifras refieren a población de 14 años y más.

Fuente: INEGI. Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. Indicadores estratégicos.

Si comparamos en el cuadro 1 el segundo trimestre del año 2007, con el segundo trimestre del año 2010, notamos que es 2.32% adicional lo que representa el incremento de mujeres ocupadas, contra el porcentaje de ocupación de los hombres en esos mismos trimestres que de hecho sólo se observa 1.23% de aumento. Ahora bien, al hacer una comparación cruzada de hombres y mujeres en el segundo trimestre del año 2010, se observa que la población ocupada de hombres es 27.98% contra 30.09% relativo a las mujeres; es decir la población femenina es superior en más de 2% que los varones, lo que representa un claro indicador de la presencia que tiene la mujer en el mercado laboral.

¿Evolución o Regresión? El desafío laboral-familiar

Durante la mayor parte del siglo XX la vida en familia estaba organizada tradicionalmente (si puede llamarse así) bajo el esquema de poner al hombre como el jefe de familia, el que proveía con su trabajo remunerando lo necesario para mantener a todos los integrantes de su casa y esto implicaba la comida, servicios del hogar, educación y esparcimiento.

Por otro lado, el papel principal de la esposa o de la mujer consistía en ser responsable de las labores hogareñas, tener lista la comida, la ropa el cuidado de los hijos, tarea nada fácil, monótona, cansada y por si fuera poco, sin compensación económica alguna. Épocas en las que las mujeres eran entregadas en matrimonios convenidos por decisión y voluntad de sus padres y donde la posibilidad de disponer de sí mismas era un problema de libertad (Gutiérrez, 2010).

No obstante, el antiguo modelo ya no encaja, ni corresponde al que nos está tocando vivir. Hoy en día la sociedad ha experimentado una serie de cambios sociales y económicos que sin duda han repercutido a que también el estilo o estructura de la familia cambie, con todo lo que esto conlleva. La decadencia del hogar tradicional, basado en el hombre como sustento económico ha ido acompañada de una mayor igualdad para la mujer (Giddens, 2001). Así lo señala Fukuyama, "el gran trastorno" en el sentido de lo que ha sufrido la familia en el aumento del número de mujeres que tiene un empleo fuera de casa (Fukuyama, 1997).

Este autor no que sugiere que las mujeres hayan abandonado sus responsabilidades en cuanto a la educación de sus hijos, sino que ahora surge el fenómeno de que los hombres perciben a las mujeres como más independientes y por

ende, se comportan con más libertad que antes, dejando escapar la responsabilidad que mostraban al ser el aporte económico o de convivencia con los hijos, lo que finalmente ha traído como consecuencia el “gran trastorno” mencionado por Fukuyama, pues ha dado paso a una reorganización de nuevos roles, los cuales aún no quedan muy bien definidos y están dando paso a una serie de desajustes sociales, de convivencia y de transmisión de valores.

Cambios en la organización de la familia

La familia ha tenido cambios, ahora existen diferentes tipos como los monoparentales (paternidad o maternidad en solitario), que se han hecho cada vez más habituales. Hoy más del 20% de los niños dependientes viven en este tipo de hogares (Giddens, 2001) en donde disminuyeron o están casi extintas las familias nucleares, y solo existe un miembro que es el responsable del cuidado del hogar, que puede ser el hermano, la abuela o la tía.

Hasta últimas fechas, el nuevo modelo donde el rol se ha invertido, es el hombre quien se queda en casa a atender las labores hogareñas y a esperar a la mujer que traiga el sustento a casa. Incluso la distribución del tiempo se ha convertido en un problema para muchos hogares, ya que sencillamente tienen (ambas partes) “demasiado trabajo”. Es un hecho, cambiaron las familias y sus fuentes de ingresos, sin embargo esto conlleva a una adaptación social y cultural difícil de afrontar.

Las cifras de divorcios son en cierta medida aproximados, pero basándonos en tendencias anteriores, podemos suponer que el 60% de los matrimonios actuales puede terminar en divorcio en los próximos diez años (*ibidem*: 260).

Por otro lado, cada día escuchamos en las noticias como niños menores de diez años son violentos en las escuelas y con sus maestros, ¿casualidad, o más bien ausencia de amor y protección en el seno familiar?

La mujer, aún y cuando trabaja las mismas horas en la oficina que el hombre, debe llegar a ocuparse de atender las tareas caseras, donde evidentemente no hay una equivalencia con los hombres, quienes quizá no se han percatado que también su rol debe cambiar y adecuarse a las nuevas exigencias sociales.

La mujer como profesional

Los hogares monoparentales liderados por mujeres enfrentan enormes dificultades para combinar el trabajo doméstico y de cuidado de los niños con las actividades remuneradas. De ello dan cuenta dos datos aparentemente contradictorios. El primero es que la mayoría de las mujeres jefas de hogar (entre 52 y 77%) están en el mercado laboral. Sin embargo, estos hogares tienden a ser más pobres (CEPAL, 2008b).

Según la clasificación de las tipologías realizada por Iglesias de Ussel (1988: 28) en cuanto a los hogares monoparentales, estaríamos hablando de la monoparentalidad vinculada a situaciones sociales, esto es, aquella que se fundamenta en la ausencia de alguno de los cónyuges por motivos de trabajo. Iglesias de Ussel encontró que las tensiones, debido a la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral, se han dado en un ámbito de menores condiciones salariales y en mayores condiciones de inseguridad o bienestar social. Así, las mujeres han tenido que asumir una doble ocupación, desplazándose continuamente de un espacio a otro, superponiendo e intensificando sus tiempos de trabajo remunerado y no remunerado (*ibidem*: 68).

Según Yáñez (2004), el empleo "típico" y las trayectorias laborales continuas son propias de los hombres, mientras que la "inactividad" y el empleo en condiciones "atípicas" son, frecuentemente, las alternativas disponibles para las mujeres. Si el empleo típico se caracterizaba por no tomar en cuenta las responsabilidades familiares, en el caso de los puestos atípicos, por las razones expuestas, se agravan aun más las tensiones entre la vida laboral y familiar.

Esta tensión no sólo muscular, que sin duda se debe experimentar y padecer, incluye la tensión de los ánimos, la buena armonía y sobre todo el desgaste familiar ante la impaciencia y la interminable carga de la actividad laboral y de casa, no por ello el índice de parejas separadas o divorciadas es el mayor en la historia de la humanidad, como nos muestra el cuadro 2 que va desde 1980 hasta el 2008.

Cuadro 2. Divorcios/Matrimonios 1980-2008 nacional (por 100 matrimonios)

Año	Relación divorcios-matrimonios
1980	4.4
1990	7.2
1993	4.9
1994	5.2
1995	5.7
1996	5.7
1997	5.8
1998	6.5
1999	6.6
2000	7.4
2001	8.6
2002	9.8
2003	11
2004	11.3
2005	11.8
2006	12.3
2007	13
2008	13.9

Fuente: INEGI. Cuaderno núm. 1 de Población. Estadística de Nupcialidad (1980-2008)

¿Qué hacer?

¿Cómo equilibrar entonces esta nueva dinámica social de vida, en la que evidentemente estamos inmersos y cuya tendencia va a la alza en los próximos años? Es importante rescatar la importancia del ser, es necesario dar un vuelco hacia los orígenes con el fin de recuperar la verdadera esencia, no sin desatender lo que la sociedad exige y demanda a través de prestar atención hacia lo verdadera y humanamente importante, la convivencia, los espacios de amor hacia la familia. Se requiere moldear y cambiar el paradigma de la exclusión, ya sea que por necesidad o convicción, que la mujer se encuentre en el rol profesional, es importante preguntar, ¿que ha pasado con la familia, y cómo hacer para no desatenderla?

La mujer como un ser integral debe apostar por una clara definición de tareas en la que mano a mano y hombro con hombro participe activamente, escuche, se encuentre presente, dedique espacios de calidad y cantidad a los hijos, emplee el diálogo para generar nuevos acuerdos, y se adapte a la nueva realidad, antes de que sea demasiado tarde. No se trata de excluir el progreso de la vida, sino reinventar para prosperar y a la vez ser productivos y completos en la vida personal. Dedicar espacios claros para la convivencia, involucrar a cada miembro de la familia en las actividades hogareñas, no perder de vista lo importante y enseñar como trascender a los hijos con respeto y tolerancia, son algunas de las acciones que se pueden implementar. No es tarea fácil, implica reorganizar la estructura familiar para no desmoronarse. La mujer posee un gran potencial para redimir, para construir, para no perder ese bello don, legado divino, de unir y dar valores además de prosperidad a la familia de la que forma parte. A la mujer le toca dialogar, establecer nuevos roles que coadyuven a enfrentar el reto que en el siglo XXI debe encarar y salir airosa, y no sólo exitosa profesionalmente, y no a cambio de perder y desintegrar a la familia. Si se ubica en términos y cifras duras, es más fácil conseguir otro empleo que rehacer y construir una nueva familia.

Consideraciones finales

Lo que más necesita un hijo es amor, más aun en los primeros años de vida. Hasta los tres años construyen su seguridad y pueden diferenciarse como entes individuales al llamarse por su nombre (Piaget), por lo que hacer el esfuerzo de fomentar las relaciones, y dar un espacio en lo laboral por un mejor futuro, tiene sentido. Las crías humanas continúan necesitando protección y cuidado durante un período relativamente largo de su vida, al que se le llama infancia (Gutiérrez, 2010). Es un deber ser consciente de qué clase de valores se inculcan en los hijos, la futura generación, y en la medida de lo posible apostar por un futuro mejor, donde se logre combinar a la mujer madre, esposa y empresaria. Como decía una de las frases de la canción “señora, señora” de la cantautora Denisse de Kalafe “mujer incansable que pelea con uñas y dientes” sin duda será el himno para consolidar estos roles en el siglo XXI. Se necesita buscar nuevas pautas para hacer un recuento de las mujeres con el fin de vislumbrar la manera de cómo se producirá la comprensión del mundo y de la sociedad en el futuro, que esperamos mejor este presente.



Génesis

Retomando la cita de Freud del encabezado de este artículo, en la actualidad la mujer debe responder a la pregunta con un claro ejemplo de vida y corresponsabilidad en los roles que decida ejercer y contribuir a desarrollar al país, sin perder de vista lo trascendente, lo inminentemente valioso para llegar a una mejor sociedad en el tiempo venidero a través de una transmisión de valores para las futuras generaciones. Este es el reto de la realidad que nos rebasa.

Bibliografía

- FRANCO Rubio, Gloria Ángeles (1983), *Historia Universal*, Madrid, Siglo XX.
- FUKUYAMA, Francis (1997), *The end of order*.
- GIDDENS Anthony (2001), *Sociología*, Madrid, cuarta edición, Alianza.
- GUTIÉRREZ Aguilar, Raquel (2010), *Desandar el Laberinto*, México.
- HERRASTI, Alicia (1992), *La Liberación Femenina*, folleto EVC, núm. 617.
- IGLESIAS de Ussel, J (1998), *Las familias monoparentales*, Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Serie Debate, núm. 5, pp. 203-210.
- JUNG, Carl Gustar (1991), *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós.
- Notimex por medio de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en el mes de mayo de 2004, periódico *El Nacional*.
- PIAGET, Jean, *El lenguaje y pensamiento del niño pequeño*, Paidós.
- YÁÑEZ, S. (2004), La flexibilidad como pilar de un nuevo régimen de acumulación de capital, en R. Todaro y S. Yáñez (editores), *El trabajo de transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*, Santiago, CEM.

PÁGINAS CONSULTADAS EN INTERNET

- www.inegi.gob.mx
- www.cedoc.inmujeres.gob.mx
- www.cepal.org.mx/estadisticas